

El síntoma sirve para estructurar el vínculo social

El psicoanálisis establece una diferencia entre la necesidad y la demanda. A este nivel podemos situar dos tipos de demanda: una que se localiza al nivel de la necesidad y otra a nivel del amor. La necesidad tiene un carácter natural - alimento, calor, etc. -, pero el psicoanálisis constata que la necesidad no se conoce más que a través de una demanda, una demanda dirigida a un Otro que satisface esa necesidad originaria. Ese Otro es un Otro que tiene lo necesario para satisfacer la necesidad. Pero junto al Otro que «tiene», también hay Otro que «no tiene». Es a este Otro que no tiene al que se dirige la «demanda de amor», y entre estas dos demandas se sitúa el deseo.

Hay, pues, una transformación de la necesidad en demanda, y un resto que es el deseo. Ahora bien, la pulsión es ella misma una demanda, es una forma de demanda. "La distinguimos en tanto encontramos en la experiencia analítica una demanda que no podemos interpretar; donde no hay que interpretar. Hablamos de deseo cuando encontramos, al contrario, una demanda que podemos interpretar". [1] Esta demanda que «habla» se distingue de otra que «no habla», una demanda silenciosa: esta es la pulsión. Entonces podemos decir que el deseo y la pulsión son dos momentos de la demanda.

Freud ubica a la pulsión como el reverso del deseo cuando dice que el deseo nombra un estado de «insatisfacción» fundamental en el sujeto, en cambio, la pulsión nombra un estado de «satisfacción», es decir, que la pulsión siempre logra satisfacerse. "Así como podemos definir el deseo como algo siempre insatisfecho, (el) concepto de pulsión es de algo que siempre es satisfecho". [2] Por esto Lacan, en *Televisión*, va a decir que "El sujeto es siempre feliz". Esta idea es una subversión de la noción que se tiene corrientemente sobre la felicidad. Lo que Lacan dice aquí es que el sujeto es siempre feliz en el nivel de la pulsión, en tanto que ésta es siempre satisfecha.

La «satisfacción de la pulsión» es lo que Lacan formalizará como el objeto *a* en su versión de «plus de goce». Así pues, se puede definir a la pulsión como una demanda siempre satisfecha, que produce un «plus de goce», en la medida en que hay un éxito constante en la satisfacción de la pulsión. Así pues, hay que distinguir entre dos tipos de querer, dos tipos de voluntad: el deseo y la pulsión. El deseo designa siempre una infelicidad, una insatisfacción. "El deseo es articulado a una falta, mientras que del lado de la pulsión hay felicidad. Una felicidad que no se conoce a sí misma, pero que es una felicidad". [3]

Resumiendo: la pulsión es algo que en el hombre siempre se satisface positivamente, pero esa manera de satisfacerse le hace mal al sujeto. El sujeto neurótico, por ejemplo, es aquel cuya pulsión se satisface en los síntomas. Es en este contexto que el analista aparece como aquel que se ofrece a recibir la demanda de felicidad, pero el analista ya sabe que la demanda, como dice Lacan, "está a la vez más allá y más acá de ella misma, articulándose con el significante, ella demanda siempre otra cosa, en toda satisfacción de la necesidad exige otra cosa". [4] Ahora bien, los pacientes llegan con la aspiración de ser felices... ¡cuando ya lo son! Es una paradoja: Demandan felicidad cuando ya gozan de la felicidad que les brinda la satisfacción de la pulsión en el síntoma. Por lo tanto, si algo sabe el analista, de lo poco que debe saber, es que responder a la demanda no resuelve la aspiración del paciente.

"...la aspiración del paciente se quiebra en una nostalgia irreductible en torno al hecho de que en modo alguno podría ser el falo y que, por no serlo, sólo podría tenerlo, en el caso de la mujer, con la condición de la *Penis - neid*, y en el del hombre, de la castración.

"Esto es lo que conviene recordar en el momento en que el analista se encuentra en posición de responder a quien le demanda la felicidad. La cuestión del Soberano Bien se plantea ancestralmente para el hombre, pero él, el analista, sabe que esta cuestión es una cuestión cerrada. No solamente lo que se le demanda, el Soberano Bien, él no lo tiene, sin duda, sino que además sabe que no existe. Haber llevado a su término un análisis no es más que haber encontrado ese límite en el que se plantea toda la problemática del deseo".

[5]

No es necesario entonces ser psicoanalista para advertir que hay una falla entre el deseo del sujeto y su demanda. Lo demuestra el hecho de que los sujetos desean mantener sus síntomas como si buscaran algo diferente a estar mejor, es decir, ellos son felices con sus síntomas, se satisfacen con ellos. Esto es lo que se llama en el psicoanálisis la «reacción terapéutica negativa». El Soberano Bien que el sujeto viene a buscar a un análisis, él ya lo tiene, sólo que no lo sabe. De todos modos, hay que prestarle mucha atención a la demanda, porque ella obliga a tomar muy en serio la relación del sujeto con el lenguaje.

Freud descubrió el sentido sexual de los síntomas, síntomas que al descifrarlos, revelaron,

Hernando Alberto Bernal Z.

Psicólogo U.S.B. Psicoanalista. Mg. En Ciencias Sociales y Humanas
Docente de la FUNLAM



El Amor es muy Extraño

Pintura. Acuarela y Collage sobre Papel. Firmada. Año: 2005 .
Sergio Muro

por un lado, que algo en el ser humano se opone al pleno decir sobre la sexualidad, es decir, que Freud se encontró con un inconsciente que aludía a un sentido reprimido. Por otro lado, él encontró a las pulsiones parciales: oral, anal, fálica, que por ser parciales, aparecen opuestas a lo pleno, es decir, al desarrollo acabado de la sexualidad. A la represión y a la pulsión parcial Lacan las logra articular en una sola vía: "Lo que hace objeción al pleno decir, es lo mismo que se opone al encuentro armónico entre los sexos. Es lo mismo y proviene de la captura del ser humano en el lenguaje, proviene del carácter del inconsciente estructurado como lenguaje." [6]

El descubrimiento de Freud no fue el descubrimiento del inconsciente; su originalidad estuvo en hacer del inconsciente un inconsciente sexuado. Freud descubre que los síntomas tienen un sentido sexual y que son una forma sustitutiva de satisfacción sexual. Pero el síntoma, todo síntoma, alude al sexo como ausente, como imposible de verbalizar y de cifrar. La fórmula lacaniana «No hay relación sexual», da cuenta de este descubrimiento freudiano. "La verbalización del sexo, como un lugar vacío da cuenta de que en el inconsciente hay algo que no se inscribe. ¿Qué es lo que se inscribe y lo que no se inscribe en el inconsciente?" [7]

Lo que se inscribe en el inconsciente es un solo significante para nombrar la diferencia sexual: el falo. Esto significa que en el lugar del Otro existe un agujero en el saber, que en el Otro, tesoro de los significantes, falta el significante con el que se podría inscribir el Otro sexo. En el inconsciente sólo existe un significante para nombrar la diferencia sexual; falta entonces uno, uno que no se inscribe en el inconsciente. No existe en el inconsciente el significante que represente al Otro sexo. Esta es la vía para que Lacan introduzca su tesis «la mujer no existe», en la medida en que la mujer representa al Otro sexo. "¿Cómo puede haber una dicción de la relación entre el hombre y la mujer en el inconsciente, si en él falta el significante para cifrar la mujer, si en el inconsciente sólo se inscribe el significante del sexo masculino?" [8]

Esto va a tener incidencias sobre el goce, ya que el goce fálico es el único goce que queda inscrito en el inconsciente. Pero el goce fálico es un goce limitado, es decir que el significante fálico no puede dar cuenta de todo el goce; "...algo se le escapa y eso que se escapa, que no puede ser cifrado por el falo, es el goce Otro, excluido, forcluido del inconsciente." [9] La función fálica da cuenta, entonces, de que en la estructura algo del goce se inscribe y algo del goce no se inscribe. El falo, "...símbolo a la vez del goce y de la pérdida de goce" [10], divide al goce en un goce que se contabiliza y de un resto de goce que escapa a la contabilidad. Pero de ese resto sólo puede saber que se escapa, no puede simbolizarlo; es resto de goce sin cifrar, un goce Otro al goce fálico. ¿Qué es entonces el síntoma? El síntoma es, por tanto, una respuesta a la inexistencia de la relación sexual. "Ante el imposible de la relación sexual, ante la ausencia de una condición necesaria y suficiente que haga complementarios los dos sexos, el sujeto, a modo de suplencia produce el síntoma, su síntoma." [11]

En el corazón de todo síntoma hay un modo de goce "...fijado, irreductible, en el cual el único *partenaire* es la letra gozada." [12] Esto hace cumplir al síntoma una doble función paradójica: por un lado, el síntoma le sirve al sujeto para establecer un vínculo social, pero por otro lado, el síntoma es lo que se opone a dicho vínculo. O para decirlo de otro modo: el síntoma es al mismo tiempo un mensaje y un modo de gozar.

En el seminario RSI, Lacan va a definir el síntoma a partir de la letra, como una función de la letra. En *Instancia de la letra...* él definía el síntoma como una función del significante, es decir, de la cadena. Pero en RSI va a decir que «el significante es una función de la letra», planteando el síntoma en términos de nudo y no en términos de cadena. La función de la letra es una definición del síntoma como goce de un Uno extraído del inconsciente, un Uno extraído de la cadena y gozado. Cernir el síntoma como una letra, es pensarlo como el Uno del inconsciente donde se fija el síntoma del sujeto.

Así pues, a partir de 1975 el síntoma es pensado como un modo fijo de gozar, y Lacan dirá que es lo que cada uno tiene de más real. Real aquí designa lo real del goce, pero también los imposibles que se ubican en el campo del goce. Así se entiende que lo más interesante de un sujeto sea siempre su síntoma. ¿Por qué? Porque gracias al síntoma el sujeto difiere del Otro. El síntoma –nos dice Colette Soler en su seminario *Síntomas*, realizado en Bogotá en 1997–, es el principio de una singularidad, de una diferencia; es lo que se opone a la "omnitudo", al hecho de que sin el síntoma todos habrían de ser como robots, todos parecidos. Entonces, lo interesante de un sujeto, al igual que la extensión de los intereses de un sujeto, extensión que es exactamente homóloga a la extensión de su síntoma, todo lo que hace un sujeto, pone siempre en juego un núcleo sintomático activo, que preside a sus intereses, y es así que podemos decir que el síntoma es antinómico del aburrimiento. Con su síntoma un sujeto nunca se aburre; puede aburrir a los demás, pero el sujeto no se aburre con él.

Así pues, el síntoma es tomado por el psicoanálisis de manera positiva, como lo que pone límite a la homogeneización, al orden. El síntoma limita la homogeneización, pero también limita lo que Lacan ha llamado «la enfermedad de la mentalidad», es decir, la mitomanía natural al ser hablante. La mitomanía, dice Colette Soler, es el sueño generalizado del ser hablante, que por el hecho de hablar, porque dispone del semblante, porque dispone de las representaciones imaginarias, puede siempre vivir en una nube, puede siempre contarse pequeñas historias que lo separan del real. En cambio, el síntoma, dice Lacan, «el síntoma es lo más real», aquello que no depende de los semblantes.

Entonces, el síntoma tiene un aspecto positivo, aquel que sirve para estructurar el vínculo social, y un aspecto negativo: el síntoma como lo que se opone a dicho vínculo. El síntoma posibilita y permite, pero también objeta y obstaculiza. El síntoma como solución es la

respuesta del sujeto a la no existencia de la relación sexual. Si bien el sujeto sufre con su síntoma, y de ello se queja, el síntoma es gozado, lo cual lo hace irreductible. El síntoma como solución establece también, un límite a la homogeneización, a la uniformización, al poder unificante del significante amo. "Para suplir la inexistencia de la relación sexual, para hacerle frente al encuentro con el otro sexo, para establecer un vínculo social, el sujeto sólo tiene el síntoma, sólo cuenta con el síntoma, sólo puede servirse del síntoma." [13]

Si bien en un primer momento el síntoma en Lacan designaba una falla, un disfuncionamiento, falla que revelaba una verdad que había que descifrar, en la última parte de la enseñanza de Lacan, el síntoma no es solamente una falla en el funcionamiento, sino que lo que empieza a acentuarse es lo contrario, es decir, el síntoma como un modo de funcionamiento, por lo que el síntoma, más que un desarreglo, es un arreglo.

Mónica Torres en su texto *De la identificación al síntoma y retorno*, [14] explica como este punto de vista se lo puede encontrar en Freud, en su texto *Inhibición, síntoma y angustia*, cuando allí se habla de la «incorporación del síntoma al yo», de tal manera que este concepto podría ser un antecedente de la «identificación al síntoma». En Freud, dice Torres, esta incorporación del síntoma al yo hace desaparecer el carácter extraño del síntoma, y permite al sujeto reconocer el síntoma como parte de su personalidad.

El síntoma para Freud tiene que ver con la satisfacción pulsional por otros medios. Esta es la dimensión de goce del síntoma que se complementa con su dimensión de verdad. El síntoma - verdad es el síntoma descifrable, ese que hace serie con las formaciones del inconsciente. El síntoma - goce es el síntoma como cifra, ese que se separa del resto de formaciones del inconsciente por su inercia, por su insistencia repetitiva, por su duración. "El síntoma - goce entonces, no es una formación del inconsciente, sino que es un medio de satisfacción de la pulsión, y esta es la parte del síntoma en que este se presenta como completamente diferente de las demás formaciones del inconsciente..." [15]. Esta dimensión del síntoma nos muestra cómo el sujeto goza siempre de un modo sintomático, y cómo el inconsciente funciona para el goce.

El «síntoma» es lo que le servirá a Lacan para pensar la conexión entre el inconsciente y la pulsión. ¿Qué es un síntoma –se pregunta Torres - en tanto síntoma - goce? "Es algo que reúne a la vez una parte significante, descifrable y una finalidad de goce. Es un aparato significante hecho para producir goce." [16] Una parte del síntoma es real y sirve al goce, y otra parte del síntoma es simbólica, es un mensaje descifrable.

El síntoma reúne en él mismo una antinomia, ya que el sentido y el goce que lo habitan son incompatibles. El deseo, aquí, está del lado de la dimensión descifrable del síntoma: «el deseo es su interpretación», dice Lacan en el seminario 13, *El objeto del psicoanálisis*, y en *La lógica del fantasma*, seminario 14. El deseo, entonces, es idéntico al desciframiento que se hace de él. El goce, en cambio, no es un concepto que este hecho para la interpretación. El goce no es algo interpretable.

Como el efecto de significado no es lo más problemático del síntoma, Lacan se va a fijar en el efecto de goce del síntoma, eso que hace lo más real del síntoma. Como el inconsciente cifra el goce en el síntoma, Lacan lo va a vincular con la escritura, con el cifrado. El efecto - goce del síntoma está emparentado, no con el significante, sino con la letra que se cifra.

La letra es el significante por fuera de su función de producir significaciones; en este sentido, la letra se distingue del significante en la medida en que este último es productor de sentido. Como la letra no produce significación, esto la hace indescifrable. El síntoma goce en Lacan, es una letra no descifrable, que no tiene un sentido a descifrar, sino que es un trazo, una marca, una cifra que indica el goce. Como elemento de lo real, la letra en sí carece de sentido.

Es por este papel que cumple la letra en el inconsciente, por lo que el analista no debe concentrarse en el sentido o la significación de la palabra o el discurso del analizante, sino que se debe fijar en las propiedades formales de dicho discurso; tiene que leer la palabra del analizante como si fuera un texto, tomar literalmente su discurso. Dice Lacan en su seminario *Aun*: "La letra es algo que se lee. Hasta parece que se lee a raíz de la palabra misma. Se lee, y literalmente. Pero justamente no es lo mismo leer una letra y leer. Es bien evidente que en el discurso analítico no se trata de otra cosa, no se trata sino de lo que se lee, de lo que se lee más allá de lo que se ha incitado al sujeto a decir, que no es tanto, como dije la última vez, decirlo todo, sino decir cualquier cosa, sin vacilar ante las necesidades que se puedan decir." [17]

La letra, dice Lacan en el seminario 21, *Los nombres del padre*, es en cierto modo inherente a ese pasaje a lo Real, de tal modo que a la letra, como a la escritura, hay que situarlas en el orden de lo real, y por lo tanto, comparten la falta de sentido. La letra revela en el discurso lo que se llama la gramática, y la gramática es lo que del lenguaje sólo se revela en lo escrito. De aquí que Freud haya intuido que la pulsión es gramática. Cuando Freud quiere articular la pulsión, recurre a la gramática del lenguaje y lo que ella representa; él no puede hacer ninguna otra cosa más que pasar por la estructura gramatical. No es más que en el mundo de lenguaje donde la pulsión puede tomar su función dominante.

La pulsión va a ser presentada por Lacan como una trayectoria, como un circuito. En este circuito la pulsión se origina en una zona erógena, gira en torno al objeto y vuelve de regreso a la zona erógena. Las zonas erógenas son los lugares en el cuerpo donde la pulsión se hace presente. Este circuito está estructurado por las tres voces gramaticales: 1.

la voz activa, que con el ejemplo de la pulsión escópica sería «ver». 2. la voz reflexiva, que alude al «verse», y 3. la voz pasiva, que indica el «ser visto». Los primeros dos tiempos, las voces activa y reflexiva, son autoeróticos, en la medida en que les falta un sujeto. Sólo en el tercer tiempo –la voz pasiva - en el que la pulsión completa su circuito, aparece, dice Lacan en el seminario 11, “un sujeto nuevo”. Aunque el tercer tiempo del circuito pulsional es pasivo, la pulsión es esencialmente activa, razón por la cual Lacan describe el tercer tiempo no como «ser visto», sino como «hacerse ver». Incluso las fases que suponemos que son pasivas de la pulsión, como por ejemplo el masoquismo, suponen un gran esfuerzo activo.

Lacan, entonces, describe a la pulsión como una trayectoria que circunscribe el objeto, y esa trayectoria es, en última instancia, significativa y simbólica. A esta cara significativa de la pulsión se opone una cara real, que apunta directamente al goce. Lacan la ilustra con el ejemplo de la boca que se da un beso a sí misma, de tal manera que la verdadera finalidad de la pulsión es obtener la satisfacción, sin que importe para nada el objeto de la pulsión.

El objeto de la pulsión será formalizado por Lacan como «objeto plus de goce», en la medida en que lo importante para la pulsión no es el objeto en sí, sino la satisfacción obtenida por ella, es decir, el goce. Así pues, Lacan opondrá a la pulsión en tanto trayectoria como cadena significativa, de la finalidad de la pulsión, la cual se reduce al hallazgo de un goce real. En el dispositivo analítico de lo que se trata es de ubicar, en la transferencia, ese real, ese objeto real que es inasimilable por el sujeto. Este aspecto de encuentro con lo real en la transferencia es lo que Miller llama en su seminario *Nuevas inquisiciones clínicas*, la transferencia - *tyché*, como opuesta a la transferencia - *automatón*, en la que lo que se pone en juego es el Sujeto - supuesto - Saber.

La transferencia - *tyché* habla de la transferencia como hallazgo, como encuentro, como azar; lo que en la sesión analítica aparece como imprevisible, no programado, sorpresivo; se trata, dice Lacan en el seminario 11, de «lo abrupto de lo real». Lo abrupto de lo real es lo que se opone a la dialéctica de lo simbólico. Dice Miller:

“Lo simbólico no es abrupto, con lo simbólico hay siempre que esperar; no digo que sea suave, pero lleva su tiempo; presenta una verdad y luego da otro sentido a esa verdad; se acerca, viene con una cara y después con otra, mientras lo real cae, viene a interrumpir, a causar, pero siempre introduce una discontinuidad; es por eso que Lacan habla de abrupto, con lo real no hay buenas maneras.” [\[18\]](#)

De lo que se trata al final de un análisis, es de suavizar un poco lo abrupto de lo real. Es lo que Lacan llamó «saber hacer con», saber hacer con lo real, es decir, como lo indica Miller en el texto citado, haber logrado suavizar los ángulos agudos de lo real; haber logrado que el Otro sexo sea un poco menos el objeto imposible y real.

NOTAS

[\[1\]](#) MILLER, Jacques - Alain. *Lógicas de la vida amorosa*. Buenos Aires: Manantial, 1991. p. 52.

[\[2\]](#) Ibid. p. 53.

[\[3\]](#) MILLER, Jacques - Alain. *Seminario el deseo de Lacan*. San José: Atuel - Anafora, 1997. p. 32.

[\[4\]](#) LACAN, Jacques. *La ética del psicoanálisis*. Op. Cit. p. 350 - 51.

[\[5\]](#) Ibid. p. 357.

[\[6\]](#) POSADA, Pilar. En tanto no hay relación sexual... entonces síntoma. *Revista Affectio Societatis*. N° 2. Septiembre de 1998. <http://antares.udea.edu.co/~affectio/Affectio2/>

[\[7\]](#) Ibid.

[\[8\]](#) Ibid.

[\[9\]](#) Ibid.

[\[10\]](#) MILLER, Jacques Alain. *Lógicas de la vida amorosa*. Ibid. p. 39.

[\[11\]](#) POSADA, Pilar. Ibid.

[\[12\]](#) Ibid.

[\[13\]](#) Ibid.

[\[14\]](#) *Virtualia #2* - Revista Digital de la EOL - Julio-Agosto de 2001

[\[15\]](#) Ibid.

[\[16\]](#) Ibid.

[\[17\]](#) Seminario 20. Aun. Clase 3. La función de lo escrito. 09/01/73.

[\[18\]](#) Miller. *Nuevas inquisiciones clínicas*. En: *Entredichos*. Revista de psicoanálisis #18. ECFC. Noviembre de 1999.

